

El aprendizaje a lo largo de toda la vida

Luis Gómez Llorente

Resumen

El hecho del aprendizaje a lo largo de la vida es antiguo, tanto como la humanidad misma. Lo moderno es la reflexión crítica y el debate en torno a este hecho. La filosofía griega hizo del aprendizaje un punto capital de su investigación vinculando al hombre con la ética y la política. En el medioevo el control de los saberes se residenciaría en la iglesia y es la ilustración quien vuelve a cuestionar la teoría del conocimiento, su utilidad y función, amén de intentar universalizarlo. Esta ambición se lograría dos siglos más tarde, pareja al desarrollo tecnológico y a un suficiente grado de distribución de la riqueza. Hoy el ocio creciente adquiere una dimensión moral pues concierne al espacio vital de cada individuo y este queda abocado a poner en juego su capacidad autonormativa para elegir entre un haz de posibilidades. En el aprendizaje a lo largo de la vida la elección de los contenidos es libérrima, sin que ninguna entidad social pueda encauzarla o dirigirla, aunque las Administraciones, porque los sufragan, deberían tener ciertos criterios de prioridad para orientar el tipo de cultura que desean propiciar.

Palabras clave: aprendizaje a lo largo de toda la vida, ética, educación, formación permanente, formación continua, conocimiento, ocio, elección, maestro, Administraciones.

Me plantean un tema que considero hartamente distinto de la “formación permanente de adultos”, asunto ya muy elaborado como aspecto habitual de la política educativa. En cambio, no se habla tanto acerca del sentido del aprendizaje *a lo largo de toda la vida*, ni de su posible relación con el proyecto educativo del país.

Los objetivos de la llamada formación permanente de adultos están bien definidos: Apuntan a mantener la cualificación profesional actualizada de la mano de obra, y/o a la reinserción en los ciclos de formación reglada, convenientemente adaptados, de quienes por alguna causa tuvieron que interrumpir sus estudios, o bien desean proseguirlos y completarlos.

Estando bien definidos los objetivos de la formación permanente, sólo queda legislar y ordenar por los poderes públicos el modo de conseguirlos, así como aportar los recursos necesarios para llevarlos a cabo, y como quiera que el desarrollo económico actual implica un cambio o evolución vertiginosos en las formas de producción, las sociedades

más desarrolladas planifican este tipo de enseñanza e invierten cuantiosos recursos al efecto.

Pero el aprendizaje a lo largo de toda la vida es cosa bien distinta, pues no sólo atañe también a saberes no reglados, sino que se extiende a la edad no productiva (en sentido económico-empresarial), y a los múltiples saberes que ocupan la mente de los seres humanos al margen de su actividad laboral, siendo a su vez tan importantes como para que de ellos se derive el sentido de sus vidas y su capacidad de establecer relaciones de convivencia satisfactorias.

El aprendizaje a lo largo de toda la vida es tan antiguo como la propia humanidad. Lo moderno es la reflexión crítica y el debate en torno a él.

El hecho del aprendizaje a lo largo de toda la vida es antiguo, tanto como la humanidad misma. Lo moderno quizá sea la reflexión crítica y el debate en torno a ese hecho.

Que los seres humanos hayan de aprender durante toda su existencia se deriva de las condiciones cambiantes de sí mismos y de su entorno, así como de su capacidad para idear la mejor forma de adaptarse a esa naturaleza cambiante, y aun de modificarla o transformarla a su conveniencia. Sin olvidar su capacidad también de contemplarla y de reelaborarla imaginativa o poéticamente. Tal es el destino del homo sapiens.

Los niños aprenden mucho antes de saber que aprenden, y los pueblos primitivos generaron interesantes culturas sin que nos conste que poseyeran reflexión alguna sobre el hecho mismo del aprendizaje.

La filosofía griega hizo en cambio del aprendizaje un punto capital de su investigación, produciendo no sólo una rica y variada teoría del conocimiento, sino también un amplio desarrollo de la educación o arte de introducir al ser humano en el saber, vinculando todo ello a la ética y a la política. De ese modo es como puso los fundamentos del humanismo. Precisamente porque los ciudadanos griegos gozaban de un considerable ocio [espacio de la vida no dedicado al negocio], liberados en gran parte de la obligación laboral por los esclavos, dieron en reflexionar genialmente sobre el quehacer intelectual y su sentido. Resulta inolvidable a este respecto el programa de vida individual y colectiva que expone Platón en la República.

Es cierto que luego, con la ruina del clasicismo, aquella reflexión se obscurece y decae el afán por hacerse el ser humano señor de sí mismo. En el medioevo el cristianismo se impone como sentido de la vida, y la filosofía, reducida a sierva de la teología, se instrumentalizará al servicio de una cultura teocéntrica, en la que hasta el orden político y económico han de someterse al imperativo religioso. El cultivo de la teoría y el control de los saberes se residen en el clero, y a la Iglesia se encomienda la educación (religiosa) del pueblo. Su doctrina y su moral no sólo se tienen por inapelables, sino que forman parte del armazón que sostiene y legitima todas las instituciones sociales.

Por eso tuvo en la modernidad un cierto tufillo subversivo todo intento de secularizar el saber, hasta que de nuevo la Ilustración vuelve a cuestionar no sólo la teoría del conocimiento, sino también su utilidad y su función. De ahí que con la Ilustración, y a partir de sus ideales, surjan las nuevas corrientes pedagógicas, impregnadas de universalidad o deseo de llegar a transformar y humanizar la vida de todos los seres humanos, y no sólo de una élite refinada y privilegiada.

Una tan vasta ambición, que se vería frustrada para la inmensa mayoría durante otros dos siglos por causa de las desigualdades económicas (como sigue ocurriendo en los países pobres) no llegaría a ser materialmente posible hasta el momento en que hemos alcanzado el suficiente desarrollo tecnológico, y el suficiente grado de distribución de los bienes, como para hacer en las sociedades avanzadas universalmente asequibles la escuela y el acceso a los más potentes medios de difusión cultural.

Y sin embargo, ahora que disponemos de amplísimas herramientas de difusión del conocimiento, parece que hemos perdido la brújula, el objetivo, no siendo capaces como lo fueron antaño, de vincular el sentido del aprendizaje con la ética y la política, dando a estas palabras su sentido más noble o primigenio.

El asunto adquiere mayor relevancia en nuestro tiempo debido no sólo a la existencia de tales medios, sino al hecho del ocio creciente propio de los países del mundo desarrollado, en los que se ha diferido la incorporación al trabajo por cuenta ajena, se anticipa la edad de jubilación, se tiende a restringir los horarios laborales, se ha reducido el trabajo doméstico, y se intercalan periodos de actividad laboral con periodos de paro forzoso. En el fondo ocurre que debido al progreso tecnológico, la máquina va sustituyendo al operario, y cada vez se necesita menos cantidad de trabajo humano para producir la misma cantidad de mercancía o de prestación de servicios, llegando a ser un verdadero y grave problema estructural la distribución del trabajo remunerado disponible, dado que tenemos organizado básicamente el reparto de la riqueza a cambio de participar en la producción, sea como asalariados o como empresarios.

El fenómeno del ocio creciente adquiere una dimensión moral importante pues concierne al espacio vital de cada individuo y le exige poner en juego su capacidad autonormativa.

El fenómeno del ocio creciente –voluntario e involuntario– adquiere, entre otras, una dimensión moral importante pues concierne al espacio vital en el que cada individuo está menos constreñido por la necesidad de acoplarse a pautas de conducta predeterminadas, cual le ocurre en sus días laborables, quedando abocado a poner en juego su capacidad autonormativa, eligiendo en cada momento de entre un haz mucho más abierto de posibilidades.

Un curioso ejemplo de hasta qué punto el ocio afecta a la moral nos lo dice el hecho que se pone de manifiesto cada mes de septiembre: Tras cada periodo de vacaciones se incrementa perceptiblemente el número de separaciones y divorcios.

Cada vez se nota más que la educación ha estado excesivamente polarizada hacia la capacitación para el trabajo, sin que se haya enseñado suficientemente a hacer buen uso del ocio.

De hecho, las Administraciones que han empezado a tomar conciencia del fenómeno del ocio creciente (y de su potencial peligrosidad también) se aprestan a invertir recursos –no siempre con lúcida orientación– para facilitar el uso del ocio a determinados colectivos, haciendo proliferar los centros de mayores, centros para la juventud e instalaciones deportivas, así como casas de cultura en pueblos y barriadas. Se esfuerzan, igualmente, en hacer accesibles para todos los más modernos medios de comunicación social. Los niños aprenden en las escuelas el manejo elemental del ordenador antes que a escribir correctamente su propia lengua.

Tenemos, pues, unas condiciones materiales que sin duda se irán ampliando y perfeccionando en el futuro, pero que ya, conforme a su grado de realidad actual, eran del todo inimaginables hace tan solo medio siglo.

Ante esta perspectiva (ocio + accesibilidad a las fuentes de información) es un lugar común plantear la posibilidad real del aprendizaje como un proceso enriquecedor que se lleva a cabo durante toda la vida, y como un fenómeno de masas, no restringido como antes a la reducida minoría de la élite cultural.

Ahora bien, así como creemos tener claro para qué es el aprendizaje escolar, y su eventual prolongación en la llamada educación de adultos, no parece estar tan claro para qué el “aprendizaje a lo largo de toda la vida”.

¿Para qué este aprendizaje? ¿Es por puro entretenimiento? ¿No sería esto una trivialización del saber? ¿No corremos el peligro de recaer en el aprendizaje de saberes alienantes?

¿Qué hacer para que este aprendizaje sea verdaderamente enriquecedor del individuo, y a su vez útil a la sociedad?

Quizá pudiera parecer incluso algo ocioso el mero cuestionar los fines del aprendizaje a lo largo de toda la vida, pues por contraste con la educación reglada de niños o de adultos, o de la actualización profesional, en este otro aprendizaje la elección de contenidos es absolutamente libérrima, a gusto de cada cual, sin que al parecer pueda ninguna entidad social encauzarla y menos dirigirla.

Mas no es así, pues las Administraciones que en definitiva sufragan el soporte material de muchas de estas actividades, podrían tener ciertos criterios de prioridad para orientar

el tipo de cultura (no de ideología partidista) que desean propiciar. Y sobre todo, cabría incidir desde el principio, a lo largo del muy prolongado periodo de escolarización, en la educación del buen gusto, en la formación del criterio que permita elegir con mayor acierto distinguiendo entre contenidos valiosos y los contenidos basura o de mero pasatiempo que sobreabundan en los medios.

La dificultad mayor proviene de que en esta sociedad de la abundancia se ha generado una potente industria del ocio, enormemente seductora, regida por criterios meramente mercantiles, que tiene por claro objetivo la obtención del máximo lucro, y a la que importa bien poco que sus productos sirvan algo o nada para acrecentar el conocimiento del hombre sobre sí mismo, y ni siquiera para darle cuenta cabal del mundo en que vive, es decir, para potenciar positivamente el ejercicio responsable y certero de la libertad.

La industria del ocio, como toda industria, se lucra con la venta de sus productos o servicios, y lo más fácil de vender es lo que produce placer, o al menos hace creer que producirá experiencias placenteras, por lo menos el placer de distraerse, de liberarse por cierto tiempo de la obligación. El desideratum de esta industria sería hacernos creer –y hacernos caer- en la unidimensionalidad bipolar que oscila entre vivir para el trabajo (retribuido) y el consumo de las distracciones. Es decir, su desideratum (y su máximo beneficio posible) consistiría en la plena mercantilización del ocio. Justamente, lo que ha conseguido ya de aquellas personas cuyo sentido único de la vida es ganar dinero para distraerse, llegando incluso al reduccionismo de hacer del amor una distracción, que como toda distracción ha de ser cambiante y pasajera.

La cuestión es dar calidad al aprendizaje para que sea verdaderamente enriquecedor, de ahí el inmenso valor del saber elegir qué es lo que quiero aprender.

Siempre, en toda actividad, hay algún aprendizaje. Hasta en la peor serie televisiva, o el más deleznable programa de chismorreos, y hasta con las peores compañías. Se aprende lo bueno, lo malo, y lo inane. No podemos dejar de aprender. La cuestión es dar calidad al aprendizaje para que sea verdaderamente enriquecedor, y eso depende de la calidad del objeto, de la índole de lo aprendido, del valor de la acción que ese aprendizaje nos permite emprender o mejorar. De ahí el inmenso valor del saber elegir qué es lo que quiero aprender, y el valor de desdeñar lo que no merece ser aprendido.

Tampoco se trata de excluir todo conocer por pura diversión. Pero no se olvide que distraerse es lo contrario de encontrarse; distraerse es en cierto modo sustraerse; el alumno distraído se sustrae al deber escolar, y no es malo que se distraiga cuando toca, lo malo es que esté siempre distraído. Lo mismo acontece al adulto, no es malo que a veces se distraiga, lo nefasto es que toda su actividad libre o voluntaria consista en estar distraído, como si no hubiera otros deberes para consigo y para con los demás, fuera de los deberes laborales, y/o como si jubilados o apartados de esos deberes laborales no nos cumpliera otra ocupación sino estar distraídos.

La segunda gran dificultad del aprendizaje a lo largo de toda la vida es la ausencia de maestros. Maestros que produzcan y/o nos seleccionen contenidos valiosos y que nos presenten propuestas válidas; ausencia de maestros que nos motiven a elegir bien.

Es mucho suponer que sólo los niños y los adolescentes necesitan maestros que guíen su aprendizaje. Es mucho suponer que con la educación recibida en la escuela disponemos ya de suficiente criterio para elegir en el resto de la vida. Bastante es que nos hayan enseñado algún sentido finalista de la existencia, y que nos hayan enseñado genéricamente a obrar por conciencia del deber. Pero en cada caso y sobre cada materia, necesitaremos siempre optar también por algún magisterio. Y sin embargo, ante el alud que se nos presenta hoy día de posibles aprendizajes, apenas vislumbramos esas ayudas.

En rigor, no es que no existan maestros; no es que no elaboren materiales valiosos. Pero apenas se les oye y se les ve; es mucho más fuerte el estruendo de los que nos llaman a entretenernos con actividades que les produzcan réditos contables. [Simplemente sumando mi tiempo como espectador al cómputo de audiencia o de asistencia a un programa o a un espectáculo gratuito, en el que se difunda publicidad, ya estoy generando beneficio tanto al anunciante que avalora la publicidad por el número de oyentes o de espectadores, como al productor del programa o del espectáculo que en todo o en parte se financia a costa de esa publicidad].

En la escuela nos es dado el maestro, y nos son dados los objetivos del aprendizaje por los responsables que planifican el sistema educativo. En el aprendizaje ulterior y de por vida cada cual ha de procurarse un cierto magisterio, y lo hará en función de los objetivos que le motiven.

¿Quién y cómo se generan esas motivaciones?

¿Estaremos predestinados a ser movidos por los seductores reclamos de quienes negocian con el entretenimiento distractivo?

La dificultad se agrava cuando se confunde el ámbito del mercado con el espacio público; es decir, cuando el mercado invade la práctica totalidad del espacio público. Cuando esto ocurre incluso instituciones con arraigo de siglos y millones de adeptos se van quedando arrinconadas y van desapareciendo paulatinamente de la atención pública. Otro tanto ocurre con las asociaciones ciudadanas sin ánimo de lucro que defienden nobilísimas causas, pero a las que les cuesta lo infinito conseguir alguna audiencia. Las entidades sin ánimo de lucro, en un escenario social totalmente mercantilizado, desprovistas de capital, compiten en condiciones ínfimas, teniendo que contentarse con las migajas de presencia pública que les concedan.

El fin del aprendizaje es el aprender de lo que somos en cuanto ser individual y ser social.

Por eso sería interesante reservar una parte del espacio público a quienes pueden motivar por causas que entrañan algún tipo de compromiso ético, y que por tanto pueden impulsarnos hacia un tipo de aprendizaje que yendo más allá del puro entretenimiento vincule el saber a la acción, y hacia un tipo de acción que nos dignifique y que nos satisfaga moralmente (aunque sea menos divertido), por cuanto que nos reconozcamos en ella como socialmente útiles.

Al fin y a la postre percibimos que los fines del aprendizaje son en su más radical esencia los mismos desde el primero hasta el último de nuestros días; es el aprender de lo que somos en cuanto ser individual y ser social, algo incomprendible sin el aprendizaje del entorno natural y cultural en que existimos.

Tenerlo en cuenta quizá sirviera para priorizar programaciones más selectivas y elevar un poquito más la calidad de la oferta pública, orientación de las Administraciones a la que sin duda responderían también las organizaciones de la sociedad civil que pueden y tienen mucho que aportar.

Más importante todavía quizá fuera insistir en lo que puede hacerse desde la escuela primaria y secundaria. Este profesorado puede condicionar para toda la vida, positiva y negativamente, el futuro aprendizaje de sus alumnos; desde hacerles odiar la letra impresa para siempre, hasta suscitar vocaciones y deseos de un saber más allá de toda exigencia académica. El gusto por la ciencia, el arte, la música, la literatura, la historia, la política... etc, será lo que más impulse al paso de los años el aprendizaje no obligado por exigencias materiales, y por tanto cabe afirmar con certeza que la orientación cualitativa de los aprendizajes que emprendemos muy posteriormente de forma autónoma, se empezó a forjar en la credibilidad, la gracia, y la seducción que tuvo para nosotros la palabra y el gesto de esa maestra o maestro, al que recordamos siempre con profundo afecto ■